



## CONGREGATIO PRO CLERICIS

Domingo XX del Tiempo Ordinario - C

Se podría resumir el mensaje de fondo de las lecturas bíblicas de hoy, con la palabra “drama” o, si se quiere tomar el término acuñado por un famoso teólogo contemporáneo, “Teodrama”. La vida es dramática, es decir, se desarrolla sobre el “teatro del mundo” como una intrincada acción en la cual Dios, aunque en las escenas permanece escondido, es el verdadero Protagonista.

En la primera lectura se lee el encarcelamiento de Jeremías en el pozo fangoso. La vida del profeta, así como la de los otros enviados por Dios en el pasado para hablarle a su pueblo, fue realmente dramática. Jeremías aparece perdido, hundido en el barro, a varios metros bajo el nivel del suelo, en una cisterna probablemente bien sellada. Hay pocas situaciones peores que ésta y, de hecho, el profeta ya está cerca de la muerte. Pero Dios, escondido y presente al mismo tiempo, lo saca fuera, lo trae a la luz. Es una gran lección para nosotros, sobre todo para los momentos en los que nos sentimos perdidos, abandonados por la Providencia.

En la segunda lectura, el “Teodrama” es teológicamente aún más relevante o, incluso, tiene la mayor de las relevancias. La Carta a los Hebreos resume con pocas y vibrantes expresiones la acción soteriológica de Jesucristo: “Él, en lugar del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz, sin tener en cuenta la infamia y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios”. Cumplimiento y Señor de todos los profetas, Jesús expresa en el máximo grado también el drama existencial que aquellos habían vivido. La vida de Jesús ha sido una empresa victoriosa, pero la victoria es el fruto del drama de su sacrificio personal. En el drama de Cristo crucificado, Dios se esconde detrás de las escenas, pero en la gloria de la resurrección y elevación a la diestra de la Majestad, resplandecen nuevamente el poder, la justicia y el amor inconmensurables del Omnipotente.

Es indicativo el hecho de que el autor de la Carta nos recuerde: “Pensad en Aquel que soportó semejante hostilidad por parte de los pecadores, y así no os dejaréis abatir por el desaliento. Todavía no habéis resistido hasta la sangre en la lucha contra el pecado”. Aquí se nos recomienda la meditación como medicina contra el desánimo. Como se sabe, la forma principal de meditación es la *lectio divina* del texto bíblico, siguiendo las normas desarrolladas por la tradición orante de la Iglesia. Pero también se puede meditar sobre otros temas: sobre la vida de un santo, por ejemplo, o sobre los “signos de los tiempos”

presentes en el mundo y en la Iglesia. Se puede hacerlo también acerca de nosotros mismos: sobre lo que sucede en nuestra vida, de positivo o de negativo, e incluso sobre nuestros pecados, para individualizar sus causas externas y las raíces internas de nuestra alma. La meditación aparece como una práctica muy relevante para el cristiano. La Carta a los Hebreos nos invita a meditar en el “Teodrama” de Cristo, de modo que no nos desanimemos frente a nuestros pequeños o grandes dramas. Bastará compararse con lo que pasó Jesús, para encontrar un inmediato alivio y colocar los problemas en su justa dimensión: “aún no habéis resistido hasta la sangre”.

El Evangelio de hoy nos lleva a considerar otro aspecto del drama de la vida, particularmente de la vida cristiana. Se trata, sencillamente, de que es imposible agradar a todos.

Jesús mismo, perfecto hombre y perfecto Dios, no agradó a todos y, hasta hoy, sigue sin agradar a todos. Podemos recordar, como un ejemplo clásico, que el “referendum” hecho por Poncio Pilato tuvo, según la visión humana, mal resultado para el Señor.

En la sociedad occidental de hoy, se le hace mucho caso a las estadísticas, lo cual es, probablemente, una de las consecuencias de la tendencia a entender toda la realidad en base a la economía de mercado. También nosotros, los cristianos, podríamos sentirnos asaltados por la tentación de querer a toda costa resultar agradables, caer bien. Pero el Señor, en el Evangelio de hoy, dice lo contrario: desgraciadamente, desde que el mundo es mundo herido por el pecado, siempre surgirán las divisiones y, entre ellas, también las divisiones a causa de la fe. “¿Pensáis que yo he venido a traer paz a la tierra? No, os digo, sino división. De ahora en adelante, en una familia de cinco personas, estarán divididos tres contra dos y dos contra tres”. ¡Cuántas veces en la historia de la Iglesia hemos asistido a este drama! ¡Cuántas veces los mártires se cuentan entre los perseguidos por sus propios familiares! ¡Cuántas veces los padres o los hermanos no han comprendido la santidad de un pariente o de un compañero y, aún más, lo han hecho dudar y lo han obstaculizado...! Por otra parte, el servidor no es más que su Maestro: si el mismo Jesús fue entregado por uno de aquellos a quienes mayor intimidad y amistad les había dado, admitiéndolo en el grupo apostólico, cuánto podrá sucederle a quien trata de ser fiel a Cristo.

La Palabra de Dios de hoy, en conclusión, más allá de hacernos ver lo dramática que es la existencia, y en particular la existencia de un creyente que quiere vivir coherentemente, nos da también una luz. Como a Jeremías y, sobre todo, al mismo Jesús, el drama no tiene la última palabra. La última palabra es la fuente que se abre y la piedra que sella el sepulcro y fue echada a rodar. En el drama de la vida, inevitable para el cristiano fiel, domina la esperanza que sabe esperar al verdadero Liberador.